

¿Quién ha dicho?
por Marta Herballán | 2018

Invierno.

La última voluntad del tío Antonio era esta, la de reunir a la familia para que esparcieran sus cenizas sobre la tierra en la que nació. Dejar volar en lo más alto su cuerpo, materia muerta. Que lo poco que quedase de él, de su cuerpo reducido al polvo, se lo llevase el tiempo y lo convirtiese en paisaje de arcilla, trigo y encinas.

Era domingo por la mañana, frío y lluvioso de finales de Enero.

Soplaba el viento manchego a los pies de un cerro, solemne, iluminado por los rayos que escapaban de las nubes grises.

Rojo.

Chirimiri.

Todos estaban ya allí. Al lado de una encina, cualquiera, la única que podía alcanzar la vista. No hacía falta su sombra pues el día ya era lo suficiente sombrío.

Y subieron hasta el final del todo, clavándose los cardos y las malas hierbas, hasta que lo tuvieron todo a sus pies.

Arriba.

Pues ya estamos aquí –dijo una de las hermanas del muerto

Saca la urna Pepe –le dijo su mujer

Se veía un mapa de colores, amarillo del cereal, la tierra naranja, verde de lejanas pinadas y carrascas solitarias que manchaban lo terroso.

Y Pepe sacó el cántaro negro donde reposaría para siempre su tío: Antonio.

Quiero ser yo quien lo tire –dijo la hija del fallecido con un poco de miedo a que las cenizas se volviesen contra ella y hicieran su rostro aún más gris que el cielo de aquel día.

Vale, pero date prisa que hace frío –se escuchó de fondo a alguien con tono fuerte y enfadada pues de no ser así el grito del viento habría enmudecido la voz.

Pasó con cuidado el cántaro que contenía las cenizas. Transportadas de un lugar a otro, ahora, hacían su último viaje hacia las manos del que las arrojarían al vacío.

Adiós, papà- y levantó el cacharro, dejando ver la base con el nombre del muerto.

José Mi...—empezó a leer alguien.

¿Quién ha dicho? —dijeron casi todos

Los que estaban llorando dejaron de hacerlo. Se miraron todos con cara de sorpresa, incertidumbre y extrañeza. Miraron la cartela y se volvieron a mirar y el que sostenía la muerte y la verdad asintió con la cabeza para confirmar el error. De repente, le arrancaron de las manos las cenizas.

¡Trae eso pa' ca! —dijo uno de todos.

Destapó la urna y dejó volar a aquel desconocido.

Después.

En silencio, se marcharon a comer.